

LA NOVELA DE HOY

HUERTO
DE
ROSAS

30 cts.



por

CONCHA ESPINA

LA NOVELA DE HOY

Director: PEDRO SAINZ RODRIGUEZ

Oficinas: San Marcos, 42. :-: :-: :-: Apartado 83.

Año VIII

Madrid, 8 Marzo de 1929

Núm. 356

Huerto de rosas

NOVELA POR

CONCHA ESPINA

Ilustraciones de ONTAÑON



Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, S. A.

— EDITORIAL ATLANTIDA —

Librería Fernando Fe. Puerta del Sol, 15.—Madrid.

Es propiedad de la autora. Derechos de reproducción y traducción reservados para todos los países, comprendidos Noruega, Suecia y Rusia. Copyright by Concepción Espina y Tagle. Hechos los depósitos que marca la ley para las Repúblicas Americanas.

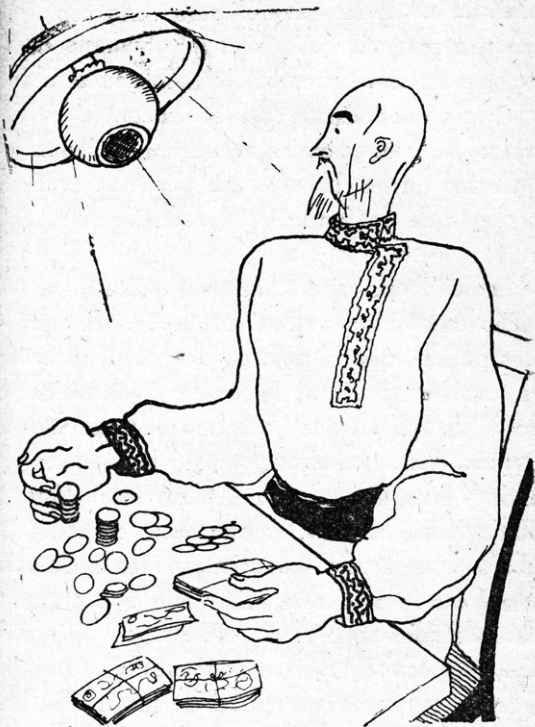
EL FIN DE NICOLAI POPESCU

I

POR la Cálea Victóriei—que así se llama la principal avenida Kixinau, después del triunfo de las naciones aliadas sobre los Imperios centrales—desciende un extraño viejo, que lleva en el pecho prendida una rosa, una de esas fragantes rosas encarnadas en Rumania. Es Nicolai Popescu. Todo ha cambiado en torno suyo. Pero él mantiene su doble personalidad inmutable. Exteriormente sigue cubriendo su figura reseca y

altísima con el mismo traje de 1878, el típico indumento que se usaba cuando Rumania perdió Besarabia. Digo “el mismo” en el sentido estricto de la expresión, porque la camisa de lienzo bordado en negro y rojo, la faja de este color y el blanco pantalón ceñido con que se viste, cumplen exactamente cincuenta veranos de existencia este año de paz de 1928. Solamente la rosa encendida que condecora el hundido pecho tiene la frescura inefable de la belleza recién nacida. Pero el huerto de donde la arrancó, con crispatura de garra, la mano del viejo, es el mismo huerto que Nicolai cultiva hace medio siglo... Hasta entre ortigas de usura crecen las flores de aquella bendita tierra.

Por dentro anquilosa los movimientos de su alma el cepo mohoso de la avaricia. Esta opresión del puro sentimiento humano de la generosidad, se trasunta con terrible magrura en la silueta física del avaro. Nicolai Popescu había sido uno de los más guapos mozos de Kixinau. De aventajada talla y aquilino perfil dinárico, ¡qué nobleza de boyardo la suya cuando, tocada la cabeza con el caucásico morrión, hostigaba, nervioso, los corceles, uncidos en *troika*, de su trineo!



La avaricia se mantiene siempre sobre un principio de honradez. Es un fenómeno de hipertrofia. El verdadero avaro, para serlo con éxito, tiene que renunciar al placer infrahumano de vivir como un sinvergüenza. Su ambición se objetiva en un simbolismo casi abstracto, y es una manera de renunciamiento. Aspira a reunir dinero como un fin. La avaricia tiene su ascetismo. No hay que confundir al avaro con su caricatura.

Nicolai Popescu era, en su juventud, un muchacho cumplidor, activo, exacto. Perdió pronto a sus padres, que le dejaron una casa de viviendas con buena renta, la casita y el huerto de Strada de Sus en que habita, y diez caballos de Ukania. En sus manos aumentó la modesta hacienda y fructificó como una tierra fértil. Este resultado feliz, debido a loables dotes de honradez, trabajo y economía, coaccionaron su inclinación natural con la seductora progresión de sus ganancias. A medida que crecía el beneficio, se agrandaba la boca del silo de su avaricia, abriendo ya en su vida una voracidad de incansable bostezo, que sólo abría de cerrar la tapa negra de un ataúd... Como siempre. Las cosas simulan,

al repetirse, la uniforme tenacidad de las neurosis. También en Nicolai se multiplicaba el afán con la hacienda para que en él se cumpliese la representación del perfecto avaro en la figura de un viejo.

No es sórdida la casita de Strada de Sus. Blanca y sola dentro de su huerto, en la linde de la ciudad, queda en el borde mismo de la pendiente suave que levanta a la población sobre el valle del Dniester. Una alegría ver alzarse el sol por aquel mar de trigales. Nicolai no permitía que nadie entrase en su habitación, que era la de un campesino humilde, no la de un ente miserable. La mantenía él mismo limpia y clara, con sus manos sarmentosas, incansables. Pero, ¡qué soledad!

Todo había cabiado en torno suyo... Mas existe una autenticidad tan fuerte en los elementos rústicos de su ajuar y su guardarropa, que, conservados con avara pulcritud, lucen casi lozanos apenas desfallecido el color.

Nicolai administraba sabiamente su único lujo: las rosas del huerto. Como eran pocas, no podían venderse. Y como había que aprovecharlas, se las prendía al peeho y las mostraba so-

bre el lienzo de la bordada camisa por la Cálea Victóriei... Nunca pensó que hubiera doncellas y altares propicios al presente de unos ramos. Y es que el avaro es odioso, más que por tener un vicio, por carecer de una virtud: la divina virtud de la generosidad...

* * *

Nicolai tenía dos sobrinos: Dimitru y Anutsa. Generación de la guerra torturada por el desastre de la paz... Anutsa era viuda de un ruso que murió como soldado en Transilvania, tenía un niño y trabajaba en una manufactura de tabaco. Dimitru era hornero. Y los dos ganaban con mucho dolor su "brinsa" y su "mamaliga". Para el viejo Popescu eran personas extrañas, que tropezaban en la calle alguna vez. ¿Pensaba el anciano que eran también sus únicos herederos?

En una ocasión llegó hasta Dimitru un recado que le enviaban los vecinos de la casita de Strada de Sus: hacía tres días que no se había visto salir a Nicolai Popescu. Corrió Dimitru a llamar a la puerta de su tío, que nunca se abriera para

él, y las manos febriles del viejo le franquearon la entrada. Estaba enfermo, la noche anterior creyó morir... Dimitru, generoso con aquel hombre de su sangre, le brindó, solícito, sus cuidados, perdió un jornal y se quedó a velar, alumbrado por el rojizo resplandor de una lámpara de nafta. Nicolai se moría. Cuando, a media noche, se irguió sobre su yacija. Dimitru vió en su piel la mortal transparencia al llegar hasta el candil la mano de hielo para matar su llama. “¿A qué gastar luz inútilmente?”—susurró el moribundo, mientras pensaba, delirante, que el muchacho le tendría que pagar algo por haber pasado la noche en su casa...

Parece que los hombres llevan fatalmente marcada la línea de su tipo moral y humano. ¡Qué pocos logran cambiarla!

Dimitru vió desde la casita desolada, en una hora, lo que no había visto su dueño en medio siglo. Y oyó lo que él jamás había oído. Vió levantarse la alegría del sol sobre los trigales del

valle y sobre las rosas del huerto; escuchó, con embriaguez, en el ritmo matinal de un albor, la "doina" pastoril... Sentía arder su juventud y sentía florecer la dádiva de su bondad: era feliz en su pobreza... ¿En su pobreza?...

Cerca de él, a dos pasos de sus espaldas, había expirado, solo, el "rico av.riento" de nuestra historia...

Y este es el fin de Nicolai Popescu...

MANUMISION

II

CUANDO Dimitru, después de amortajar el cadáver de Nicolai, se encaminó a la famosa manufactura de tabaco ruso que había establecido en el país un opulento fabricante griego, el sol estaba muy alto ya en la mañana radiante. No pensaba el muchacho en la muerte de su tío ni en el trecho de vida propia que tenía ante su juventud. Iba ligero, subiendo unas horas claras y matinales como el mismo sol. Al



acercarse a la fábrica, llegó hasta él ese olor de miel y de frutas ácidas que tiene el tabaco rubio. Allí estaba la pobre hermana cumpliendo su jornada de miseria para sostener al hijo sin padre, al pequeño Marcu de los ojos dulces. ¡No bastaban las noches en vigilia de Dimitru, doblado sobre la bocanada ardiente de los hornos de pan, como un galeote que bogara en fuego! Había de tender también la pobre viuda sus manos frágiles de obrera para una labor depreciada en el pago, por ser labor de mujer...

Anutsa Popescu no se parecía, físicamente, a su hermano Dimitru. Tenía éste rojo y rebelde el pelo, piel encendida, expresión inocente—pletórica de vitalidad—, anchas las espaldas y escurrido el talle. De estatura media y ágiles movimientos, había en su persona el elemental dinamismo de una espléndida máquina humana. Conoció Dimitru en su pugna por la existencia horas tristes, horas de desaliento, ¡pero jamás de melancolía! Había en él una apetencia de ac-

ción, un afán de subsistir y un poder de recuperación tales, que le hacían salir indemne de los trances más apurados. El buen Dimitru caía siempre de pie... Anutsa sólo tenía con él de común la bondad ingénita de los sentimientos y la limpieza inmaculada de los deseos. En todo lo demás era, frente a su hermano, como una criatura de otro mundo... La prestancia suave de su figura corporal, muy alta y fina, el semblante pálido, lívido casi, los ojos quietos y, a menudo, ausentes, la pasividad del carácter, la lentitud rítmica de los movimientos, todo la diferenciaba, en extraño contraste, de la fuerte personalidad de Dimitru. Había en ella una honda virtud de resignación, con la que parecía aceptar, silenciosamente, cuanto castigo trajese la vida. El bien y el mal, el dolor y el placer...

—Anutsa, el viejo Nicolai acaba de morir y somos herederos únicos. Yo te cedo mi parte...

—dijo Dimitru, con el gesto cordial y la mirada pura, cuando estuvo en presencia de su hermana. Y, sin que ésta pudiera replicar, añadió:

—Ahora te despides aquí. En cuanto lo permitan los requisitos legales, irás a vivir, con el

pequeño Marcu, en la casa de Strada de Sus. Tú no has estado allí. ¡Verás qué rosas, Anutsa!

Lentsa Mendelóvich es rubia como el trigo moldavo. Y es bonita y es muy alegre. Está siempre alerta cuando Dimitru suele llegar a la tahona para empezar el trabajo y le sonríe a través del cristal de su escaparate, encendido todavía en invierno, alumbrado por el crepúsculo en verano. Fué ella quien inició el cotidiano saludo de sonrisas. ¡Y bastante le costó a la muchacha que se enterase el mozo! “No debe ser a mí, pensaba éste, los primeros días, un poco avergonzado... Porque, ¿cómo se iba a fijar en el rudo proletario la señorita Lentsa, la hija única del relojero de Mendelóvich, que tenía en el valle una “muschía” con cien caballos?

Era Lentsa habilísima en la técnica de la relojería y el brazo derecho de su padre, que, pocas semanas antes del momento en que la presenta nuestro relato, la había interesado legalmente en el negocio. La mañana del día que

cumplió la muchacha los veintiún años apareció modificado el rótulo del establecimiento de la siguiente manera:

Vasili Mendelovich e Hija

Aquí está Dimitru Popescu, puntual a su trabajo, alegre en su voluntaria pobreza; aquí está, como siempre, el hornero humilde, para ganarse con sudor el pan y quemarse el pecho y los ojos como un forzado del fuego y de la noche...

Lentsa, blanca y dorada, igual que una muñeca viva en el fulgor eléctrico de su escaparate, le ha sonreído hoy con una insinuación llena de elocuencia. ¡Nunca lo había hecho así! Cuando Dimitru—hacia pocos días—se atrevió a acercarse a la niña con un reloj parado y silencioso en la mano, creyó que se le paraban también los pulsos, y se puso pálido y calló las palabras, tan pensadas, que llevaba en el corazón... El hombre fuerte para la muerte y para la vida se encontraba indefenso ante aquella alegría de



unos ojos claros. Es que la belleza infunde terrores misteriosos a las almas sencillas... Aún suena en sus oídos la risa cruel de Lentsa, tan distinta de la otra, muda, con que suele saludarle al pasar. Pero hoy..., ¡qué extraña y seria la expresión de las pupilas, qué ardiente el gesto de los labios! Nunca le ha sonreído como hoy...

Vasili Mendelóvich y Dimitru Popescu, jinetes en dos valientes potros de Kubán, bajan por la Strada de Sus, camino del campo.

Vasili Mendelóvich rompe el silencio para decir:

—Yo empiezo a ser viejo, Dimitru Popescu, y necesito descansar mi atención en persona de competencia. Lentsa atiende el establecimiento y quiero que tú, Dimitru Popescu, te encargues de administrar la “muschía” del valle... Si respondes, como espero, a la confianza que desde ahora pongo en ti..., todo será para vosotros...”

Dimitru, que asentía tácitamente, no contestó. Dejaban atrás la casita del viejo Nicolai,

donde Anutsa vivía entre rosas con el pequeño Marcu de los ojos dulces... Ante su mirada tenía ahora el mozo el mismo paisaje que viera amanecer, como una resurrección, aquella noche de silencio en que la Muerte se erguía a sus espaldas, mientras la Vida cantaba en el agro con la "doina" pastoril...

También ahora amanecía para él.

ECLIPSE

III

CUANDO una tierra de sol es tierra de agua también, la Naturaleza, al disponer en armónico equilibrio de los máximos elementos vitales, se hinche de salud como un cuerpo robusto. Así es de hermoso el campo que circunda a Kixinau.

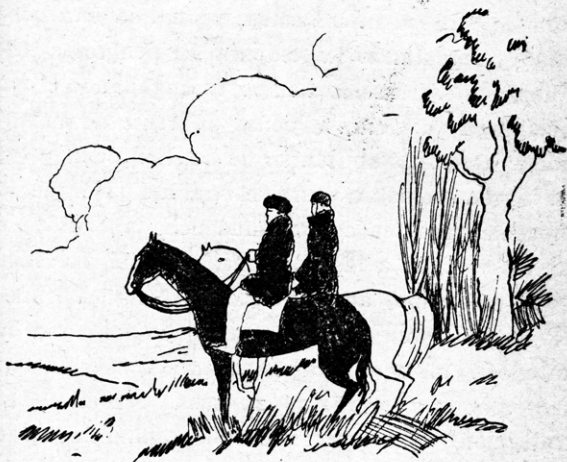
La vida en la "muschía" tenía para Dimitru Popescu el valor de una reintegración. Proletario ciudadano de un atávico rito, que esto es el oficio

de quienes velan al fuego, en la noche, por el alimento de los que duermen, su instinto bogaba en la meridiana luz campesina y hacía galopar su caballo sobre los surcos de pan con humano vuelo de ave que ha roto la prisión. A la consciencia del hornero subían brotes nuevos que germinaron en lo oscuro pugnando hacia la vida. De pronto, supo que ésta era algo precioso, digno de los cuidados más sensibles. Si se acierta con ellos, si se aprende a entenderla, entonces la felicidad deja de ser un mito inasequible. Verdaderamente había amanecido para Dimi-
tru Popescu. La juventud empezaba a ser vencida por una poderosa claridad de madurez. Diríase que en los años mozos hubiera tenido demasiado cerca la palpitación vital, hubiera estado fuertemente ligado a ella, uncido a ella por el tiempo. Y sólo cuando estas ligaduras instintivas se aflojaron, le permitió una perspectiva la distancia, como si el espacio insertase una dimensión en sus sentidos.

Sí; la vida se abría rica igual que una fruta al alcance de su mano, y él se daba cuenta de ello con insólita videncia, desconocida antes. Pero, al mismo tiempo, bajo el cielo radioso del día,

bajaba, como la sombra de dos nubes, el miedo de malograr la nueva felicidad y la aguda ambición de conservar la esperanza...

Poco tiempo bastó al obrero Dimitru para convertirse en el administrador Popescu. Se apoderó de la "muschía" con ágil desembarazo y, como había sabido obedecer, supo también mandar. Tenía las riendas de la abigarrada explotación campesina con la mano firme y el gesto alegre. Y ¿quién duda que aquel ambiguo "todo será para vosotros" del viejo Mendelóvich era un vivo acicate para su entusiasmo? Mejor dicho, lo fué durante las primeras semanas, porque más tarde, el recuerdo de estas palabras se convirtió en cruel tortura para el flamante campesino. La causa principal de su zozobra era el divorcio absoluto que, desde su llegada a la "muschía", quedaba establecido entre él y Lentsa. Se le evitaba toda ocasión de volver a la ciudad, y, cuando tras de las semanas pasaron los meses, Dimitru Popescu empezó a sentir una soledad



angustiosa y conoció, por primera vez en su brava existencia, el paso amargo de la melancolía... ¡Por qué atajos de nostalgia, por qué recodos de ensueño y de dolorosa fantasía le llevaba la imaginación atormentada! Llegó a pensar que el propósito de Vasili Mendelóvich había sido apartarle de su hija Lentsa, para que ésta continuara regentando la relojería sin peligrosas distracciones. Al mismo tiempo, y engañándole con una vaga promesa, le ponía al frente de su negocio agrícola, abusando de su honradez y de su férrea voluntad para el trabajo. Porque el inocente galanteo con la muchacha apenas pasó de las sonrisas a las palabras, y el día que salió para el campo, acompañado de Vasili Mendelóvich, la rubia Lentsa casi no respondió a su saludo... El se había consolado pensando que sería por la pena de su ausencia. ¡Cuánta contradicción! Las leves reacciones optimistas eran cada día más raras en el espíritu desolado de Dimitru Popescu. Hasta que le ganó por completo un presentimiento fatal y se sintió dominado por una sorda cólera. Llegó a creerse víctima de un engaño, con persecutoria manía de poseso. Y hasta pensó en un trágico "malentendu" en

una confusión hija de aquel amor enorme y dormido que le llegaba el pecho, despertando a la vida en un parto de luz...

Al llegar a la casita de Strada de Sus, Dimitru Popescu detuvo su caballo y, empujándose sobre los estribos, se asomó a la tapia del huerto. Allí estaba Anutsa con el pequeño Marcu... Como ya atardecía, no distinguió bien las rosas; pero percibió el perfume suave, que le fortaleció como un tónico de esperanza. Aguijó el potro, y al trote largo llegó a la relojería cuando ardían las estrellas en el cielo y radiaba ya, en la angosta callecita, el fulgor eléctrico del escaparate.

No le esperaban; llegaba por sorpresa, como un espía... Cuando entró en el establecimiento inundado de luz, no vió, de pronto, a Lentsa. Su rostro quedaba eclipsado por alguien que se interponía entre ella y Dimitru. De espaldas a la entrada se doblaba sobre el mostrador la figura aventajada de un hombre. Sólo una mano de la muchacha podía verse: una mano de rosa

que, con ademán insinuante, se abría igual que una flor.

Dimitru cerró la puerta violentamente, para hacer notar su presencia. El hombre se volvió y Lentsa hizo un gran gesto de asombro con su cara encendida bajo el casco dorado del pelo.

—¡Dimitru! No lo esperábamos. ¡Qué alegría! ¡Ay, qué negro del sol viene usted...!

La expresión de Lentsa era de cordialidad sincera, desbordada... Le tendió las dos manos y repitió, trémula de felicidad:

—¡Dimitru, qué alegría!

Parecía olvidarse de que había allí una tercera persona, sorprendida y expectante. Una leve inclinación de saludo por parte de Dimitru vino a recordárselo. Hizo la presentación:

—Gogu Ekonomide, de Bucarest...

En realidad, era un levantino de Salónica, establecido en la capital rumana, hijo de griego y de rusa, viajante en relojería y hombre de belleza extraordinaria, como suelen serlo estos mestizos orientales.

Pero Lentsa se olvidó otra vez del apuesto

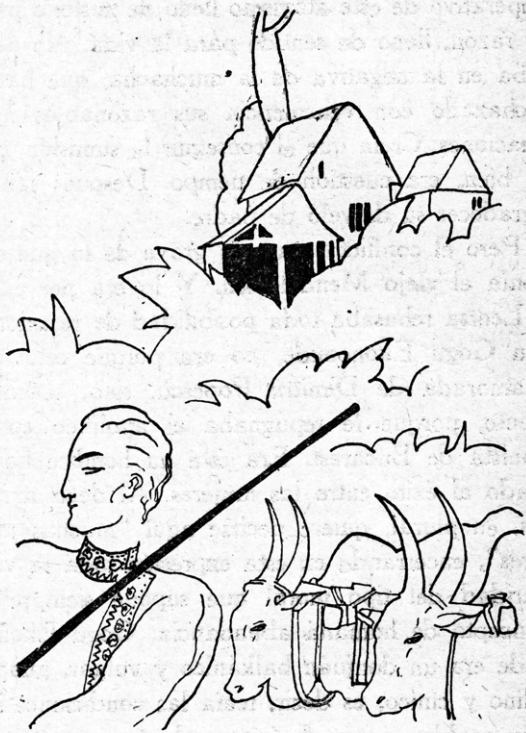
comisionista, entregada en alma a la noble virilidad de Dimitru Popescu.

Advertido de la llegada de éste, Vasili Mendelóvich apareció en escena, enigmático, sonriente, con cierta vaga teatralidad de fin de acto.

DOS CONTRA UNO

IV

PARA Vasili Mendelóvich estaban planteados los términos del problema con toda claridad. Gogu Ekonomide era el mejor partido para Lentsa. Interesado en una fuerte firma de Bucarest, hábil, ambicioso y audaz, llevaría adelante el propio negocio de su hija, más arraigado de lo que denunciaba su apariencia modesta y maduro ya para el injerto y el trasplante. Ya imaginaba el viejo con fruición la pequeña



relojería trasladada a la Cálea Victóriei, suntuosa de luces y mármoles. Su hija sería más que él, soñaba Vasili Mendelóvich con el sagrado imperativo de este atavismo lleno de misterio para la razón, lleno de sentido para la vida. No pensaba en la negativa de la muchacha, que había rechazado con vehemencia sus razonables insinuaciones. Creía que el conseguir la sumisión, por su bien, era cuestión de tiempo. Después sabría agradecer su desvelo de padre.

Pero el conflicto era más grave de lo que suponía el viejo Mendelóvich. Y lo era por esto: si Lentsa rehusaba toda posibilidad de relaciones con Gogu Ekonomide, no era porque estuviese enamorada de Dimitru Popescu, sino, sencillamente, porque le repugnaba el apolíneo comisionista de Bucarest. Era éste un hombre habituado al éxito entre las mujeres. Al decir mujeres, en plural, quiere decirse aquí “muchas mujeres”, encerrando en esta expresión toda la vulgaridad del tipo moral que supone siempre el concepto de humana abundancia. Gogu Ekonomide era un donjuán balcánico y vulgar, guapo, felino y cínico, es decir, tenía las condiciones indispensables para el éxito galante, sancionado

por cierta clase de literatura y transcendido a realidad cotidiana, gracias a la mentalidad receptiva y plural de las mujeres. Pero Lentsa, además de bella y graciosa y buena, poseía un extraño don: era inteligente. Y no podía soportar la vaciedad del flamante galán, y le producía una invencible repugnancia su grosero cinismo de "conquistador"... No estaba enamorada de nadie, pues, como a todas las personas imaginativas, le parecía imposible concretar físicamente el objeto de su gran amor juvenil. Dimitru... tal vez fuera un pretexto amable, un camino para el manantial amorfo que anhelaba su sed interior... No lo sabía. Pero sentía hacia el noble muchacho un tierno afecto, el primero y el mayor de su vida. Veía la felicidad en su mirada, veía la bondad de su corazón, transparente en el saludo con que contestaba a sus sonrisas... Recordaba aquella actitud de pureza con que se le acercó un día... Y comparaba estas virtudes llenas de seducción para ella, con los bajos alardes del aventurero que ahora la pretendía, cínico y seguro, con aires de dominador...

El oriental es vengativo hasta un extremo que

es difícilmente concebible para nosotros. Pero este impulso llega a su exaltación máxima en el mestizo, pues suele haber en él un complejo de inferioridad que se delata por una concentrada suspicacia, hábilmente disimulada con un ire impasible y hasta despectivo, bajo cuyo velo guarda la ofensa como mecha encendida que, en el momento oportuno, ha de causar la explosión de su venganza. Gogu Ekonomide era capaz de todo cuando un impulso de desquite arrastraba su voluntad. Ante la repulsa tremenda y fría de Lentsa Mendelóvich, el mestizo palideció. Su piel cetrina tomó un matiz oscuro, casi negro. Se despidió con el gesto sonriente, pero silencioso.

Cuando la muchacha le vió salir a la calle y hundirse en la noche, le pareció extraña su figura alta y hermética, le parecieron espectrales sus pasos mudos. Por su mente pasó un relámpago de terror. Su instinto de mujer advertía misteriosamente algo.

—Padre—dijo Lentsa al viejo Mendelóvich, con decisión súbita, con mandato que por ser insolito en ella, tenía mayor eficacia—; padre, necesito que Dimitru Popescu venga esta misma noche a Kixinau. Aún es temprano y se le puede mandar aviso.



El viejo, con voz dura, pero con interior satisfacción, repuso:

—Bien, la “muchía” está en marcha, todo reorganizado. Manolescu me dice que ahora podrá llevar él la administración. Si quieres que venga Dimitru será para no volver...

—Pero necesito que venga esta misma noche. Aún es tiempo...—añadió la muchacha, delatándose...

El viejo Mendelóvich escribió un breve volante, con sus rasgos premiosos y trémulos:

—Manolescu llevará el recado. Regresará dentro de un cuarto de hora a la “muschía”. Dimitru podrá estar aquí antes de las once. Vendrá solo, porque Manolescu ha de salir al amanecer con unas reses para la feria de Tatarasch.

Nuestros presentimientos acaban siempre por cumplirse, pero fuera del tiempo calculado. No suele venir su realización en el momento que esperamos verla cumplida. Cuando Dimitru Popescu regresaba al campo, alegre y dichoso, no

sabía que entonces precisamente era cuando se encogía el peligro a sus espaldas, acechante y cruel, preparando su salto de fiera.

Le sorprendió el aviso de Mendelóvich, sin inquietarle. Hizo ensillar y galopó en la tiniebla. No había luna, pero pronto se habituaron sus ojos a la oscuridad, abandonados al instinto del potro. Podía hacer el camino con los ojos cerrados.

La senda campesina cruza, en pleno trigal, con la carretera de Odessa, que blanqueaba en la penumbra. Apenas se dibujó su sombra en la anchura de la calzada, cuando sonó un disparo. Oyó silbar el plomo. Frenó el caballo, sacó su Parabellum y esperó. Nada...

Siguió al paso, deteniéndose a cada momento, espionando en la noche con precaución. Era peligroso galopar ciegamente y Dimitru, seguro de su pulso y de su caballo, sabía que nadie podría con él. Era muy sereno y el ser sorprendido sin éxito es siempre una ventaja para el atacado. No en vano había hecho guerra de patrullas en Galitzia.

Cuando se vieron próximas las luces de Kixinau, cabalgó ya tranquilo. Se había retrasado

en hora y media. Parecían desiertas las calles arrabaleras. Empezó a subir la Strada de Sus. Ni un alma. Cuando estaba en el centro de la angosta vía, sintió galopar a sus espaldas y oyó dos disparos. Su caballo dobló las manos: estaba herido... Un grito y la mordedura de los acicates hicieron levantarse al noble animal. Al alcance del jinete que le acosaba, Dimitru le encañonaba ya con su arma, cuando hicieron fuego nuevamente sobre él; pero esta vez venía el disparo de la dirección opuesta. Eran, pues, dos los atacantes. Se dió cuenta de la situación con celeridad pasmosa. Uno de los jinetes le había tomado la vuelta mientras el otro quedaba atrás. Y ahora le cogían entre dos fuegos. No tenía salida. Estaba perdido y había que jugárselo todo. Pero su caballo no obedecía... Un nuevo disparo... Dimitru no pensó en rechazar el ataque.

—¡Ho! ¡Malaia!—gritó, ronco, a la pobre bestia herida—. ¡Ho!

El caballo se irguió sobre sus patas traseras con bote funámbulo, avanzando en la dirección que mandaba el jinete. Dimitru sólo tuvo tiempo de levantarse sobre los estribos, tender las manos crispadas y sostenerse en vilo, sujeto a las pie-



dras del muro. El magnífico animal rodó sin vida. Una flexión desesperada permitió al mozo izarse lo suficiente para caer del otro lado. Estaba dentro del huerto de Anutsa.

—¡Pobre Malaia! Me ha salvado la vida, a costa suya—se dijo. Y apoyándose en el muro del huerto como en un parapeto, hizo fuego dos veces. ¡Dos balas bien puestas!

En la tierra de la calle quedaron dos hombres ensangrentados...

V

BRAZOS DE PADRE

VASILI Mendelóvich no quería darse cuenta de su enorme equivocación. Se empeñaba en no creer, en negar la evidencia. Como todos los caracteres activos y enérgicos, al llegar a viejo se había vuelto obstinado, testarudo. Y se resistía con ferocidad a reconocer el desdichado error que pudo haber costado la felicidad a su hija y la vida a un hombre honrado. Se encerraba, por otra parte, en la ceñuda actitud del

resentido cuya autoridad se discute y cuya capacidad se pone en entredicho. Pero no se crea que todo esto era sólo postura o enfado epidérmico y circunstancial, pues la verdad es que, en el fondo de su sentir íntimo, Vasili Mendelóvich abrigaba una remota esperanza de reivindicar su conducta con la respuesta, esperada impacientemente, del amigo de Bucarest, a quien había escrito solicitando noticias confidenciales sobre Gogu Ekonomide. Llegó, al fin, la anhelada contestación y con el desengaño absoluto... Se sabía que el levantino estaba, gravemente herido, en la clínica inglesa de la capital. Se hablaba de un accidente de caza, pero también se murmuraban otras cosas... No cabía duda de que el pretendiente de su hija, celoso y vengativo, había querido asesinar a Dimitru Popescu; que el nombre puro de la muchacha se pronunciaría entre los comentarios de un delito, y que Lentsa misma, víctima fatal de su propia belleza ambicionada, guardaría ya siempre en el candor de su alma la huella de una herida cobarde y rapaz. Con estas noticias llegaron otras, de cuya autenticidad no podía tener sospecha, pues se las comunicaba un funcionario público que había in-

tervenido en la testamentaría del viejo Nicolai Popescu. Según ellas, hasta en el cálculo de la conveniencia material se había equivocado Vasili Mendelóvich: Dimitru Popescu, el tímido pretendiente de su hija, el hornero humilde y oscuro, era rico... La herencia de Nicolai resultaba, en realidad, mucho más importante de lo que al principio se creyó, y Anutsa, la hermana de Dimitru, se negó a aceptar legalmente la parte de éste, cedida con generosidad en los primeros momentos. El noble muchacho habitaba ahora con Anutsa y el pequeño Marcu en la casita de Strada de Sus. Y había tomado a su cargo la administración de los intereses.

¿Hacía falta más para convencer y decidir a Vasili Mendelóvich? Sin embargo, y por increíble que parezca en quien era un hombre bueno y un padre que ponía la felicidad de su hija por encima de todo filial egoísmo, no parecía suficiente a tan extraña obcesación la meridiana evidencia de los hechos con su alegato formidable y mudo. Era como si el designio de aquella voluntad de hombre autoritario necesitara de la brida del tiempo para frenar su impulso.

Lentsa vivía con el estupor en los ojos azules. Sus mejillas de rosa estaban desangradas y frías por ese lívido pincel de sueño que da el toque espectral a los rostros sonámbulos. Atendía maquinalmente a la pequeña relojería, y su voz era lejana y su gesto de ausencia, de asombro y renuncia. Se juzgaba vagamente culpable de algo horrible y tenebroso: el inocente busca siempre la culpa ajena en la propia conciencia... Y era doblemente desgarradora la noche en aquella alma radiante de la que huyó la alegría como un bando de alas cándidas ante las uñas heladas del ave altanera... Se le antojaban monstruosas liviandades aquellas claras sonrisas suyas que despertaron envidia y amor, y cuyo aroma limpio, de pétalos, parecía la causa primera del siniestro drama de odio que había enturbiado el sereno remanso de su juventud. La ignorancia o el olvido de las bajas pasiones extrañas al espíritu señero hacen que la consecuencia desmesurada de una acción diáfana o pueril sorprenda siempre como un descubrimiento increíble. Así, Lentsa Mendelóvich, aunque se culpaba cruelmente, no acababa de convencerse, se dejaba

ganar por la duda ante lo indescifrable, y se preguntaba, en reiterado soliloquio:

—Pero ¿qué he hecho yo, Dios mío?...

Se había inclinado hacia Dimitru como el tallo bajo un aire amoroso, pero su mirada se irguió nuevamente, impasible y altiva, en soledad. El olvido empezó a cubrir su corazón con un vaho frígido, de lágrimas.

El viejo Mendelóvich, que huyendo de todos se había recluso en la "muschía" del valle, volvió, al cabo de una semana, extrañamente cambiado: abierta la expresión del semblante, altos los ojos, el ánimo propicio. Su estancia en la finca había sido para él una verdadera prueba de nervios. La sustitución de Dimitru, que había levantado con recio impulso lo que era un modesto negocio agrícola, trajo consecuencias prácticas funestas. Manolescu, el nuevo administrador, no sólo era negligente e inhábil, sino que, haciendo honor a su nombre, resultó un verdadero bandido. Y sin embargo, volvía contento, recobrado

y sereno. Al tocar en su propio interés la eficacia de la capacidad de Dimitru, sentía nacer en su conciencia una invencible inclinación, compensadora, hacia el humilde pretendiente de su hija, sin acordarse para nada de su nueva prosperidad de heredero afortunado.

Cuando entró en la pequeña relojería y vió a su hija, sola y débil, entre los tic-tacs misteriosos con su temblor animal, extendió los brazos amparadores, aún firmes y vigorosos, y recibió en ellos el desmayo frágil de aquella vida transparente, mientras murmuraban sus labios con eco nuevo y eterno:

— ¡Niña mía, niña mía!

M A Y A

VI

DIMITRU Popescu, el hombre que salía bien de todos los conflictos, el mozo de vitalidad exacta, de matemática adaptación natural, se encontraba desencajado y vacilante, prendido en la red de una quimera, atraído por la fascinación turbadora de un miraje. "Maya", dicen los himnos védicos a esta ilusión mentirosa, irresistible... Amor podríamos llamarle nosotros, dando a esta palabra tan dúctil un poco del contenido pseudomístico de los románticos.



En vano intentaba Dimitru dejarse llevar, sin reacciones violentas, amparado en su serena presencia de ánimo. Se sentía rebelde por vez primera en su vida; su actitud era de acecho y emboscada, como si tuviera que defenderse de imaginarios enemigos, como si se sintiera perseguido y acosado. El médico, un hombre joven y moderno, formado en Viena, que la dulce solicitud de su hermana Anutsa llevó un día a la casita de Strada de Sus, diagnosticó el estado anormal del muchacho como una "neurosis obsesiva", ocasionada por el trauma psíquico de la persecución y el ataque criminal en la noche trágica. Después de este diagnóstico rotundo, el sabio doctor se quedó tan tranquilo...

Como toda persona de temperamento ecuánime, Dimitru Popescu, una vez descarriada la fantasía, permaneció tenaz y obstinado, ensañada la voluntad tras el fantasma de su deseo. Estaba enamorado salvajemente... Toda la potencia de su juventud se volcaba, íntegra, en esta pasión, como un río lento y poderoso que se derrumbara con arrebató por el talud de una márgen. La gravitación de su vitalidad, clara igual que el aire de las cumbres, era irresistible.

No se le ocurría pensar que el duelo a muerte con Gogu Ekonomide había sido algo en que apenas intervino la voluntad consciente de los dos rivales. Se habían encontrado como se encuentran dos nubes eléctricas por los caminos de la noche. Ni pensaba tampoco lo que era la verdad cruel: que habían luchado por lo que ninguno de los dos poseía, por lo que estaba fuera del alcance de ambos; que habían combatido inútilmente, como ciegos en la luz, como locos en la sombra... No. No pensaba en todo esto ni pensaba en nada. Sentía. Con la pureza de un niño y de un animal de Dios.

Lentsa Mendelóvich empezaba a reaccionar juvenilmente de su marasmo espiritual, al amparo de los brazos paternos, vueltos hacia ella con extraña ternura, con desvelo lleno de delicadezas. Era como si quisieran compensar pasadas incomprensiones y desvíos, errores y obstinaciones. Aquella sonrisa de la muchacha, sonrisa de boca y de ojos, esencia cálida de ampos de ale-



gría, animaba de nuevo su expresión. Pero se detenía este impulso con pausas depresivas, y aún con los bruscos frenazos del sobresalto. Una sombra felina y rapaz surgía como un vestiglo sobre la estela de su recuerdo... Mas de la misma manera que las convulsiones telúricas van debilitando, al repetirse, la violencia primaria de la gran sacudida inicial, así también fueron remitiendo las percusiones dolorosas en el tejido trémulo y sensible de su consciencia.

Con matinal frescura nació el brote nuevo de la ilusión dormida... La dulce raíz de aquel pueril afecto, que parecía tan lejano, había llegado a tocar con sus puntas delicadas el rojo licor de la fuente cordial. Sus dedos rampantes habían trabajado en la profundidad y en el silencio, igual que las simientes en el sagrado humus de la tierra madre.

Llega un día en que se está alegre porque Dios quiere. Sin que exista de nuestra parte un propósito definido, un motivo evidente, una justificación. Como Lentsa Mendelóvich esta clara mañana de junio... Leves los pies, los ojos radiantes, el ritmo ágil y la voz loca... ¿adónde va la niña, rubia como el trigo moldavo?

El viejo “pasea su pipa” en la galería de cristales, y ve llegar a la muchacha con ternura y orgullo. Se reclina sobre el marco azul y espera una pregunta. No sabe por qué. Pero la espera... Lentsa detiene un instante el vértigo de su ajetreo de pájaro enjaulado, se para frente al sol, mira, repentina y cándida, a su padre; y le dice, con el mimoso y antiguo apelativo boyardo: —Tatika, ¿qué será de Dimitru Popescu?...

LAS CUITAS DE DIMITRU

VII

HAY dos maneras de despertar: alegre cuando nos libramos de una pesadilla, tristes cuando caemos de las blanduras de un sueño muy suave, como quien cae de una nube... Dimitru, menos desencajado, más ágil, empezaba a salir de su embriaguez amorosa, urgido por las bruscas llamadas de la realidad. Y como esta era exigente y clara, intentaba aún cerrarle los ojos, vuelto hacia la mentida somnolencia de su

quimera interior. El amor es torpe siempre porque es niño; y sus venablos son certeros sólo cuando les sirve de blanco nuestro propio corazón. Nunca ha de valernos como saetero eficaz, como medio para que nuestro instinto llegue a su fin. Acaso acierte mejor a seducir quien no esté verdaderamente enamorado. Ya dicen que Don Juan únicamente lo estaba de su diabólica persona. Dimitru Popescu vacilaba en lo más íntimo de su alma precisamente cuando su ademán de hombre parecía delatar firmeza y aún jactancia. Era el suyo un triste despertar...

Le citaba el amor con claras vehemencias y él sentía ese espanto del rústico ante una visita de cumplido. Era un advenedizo en semejantes lides...

—Si un alma buena me ayudara a mostrar esta carga preciosa que me abrumba...—pensaba Dimitru, asociando, con grotesca inocencia, la caliente pasión que gravitaba sobre su espíritu a una gran cesta de pan oloroso, que llevara como tributo ante un ara de mito campesino.

—Ayudadme a depositar la ofrenda—suplicaba, en soliloquio, con desvarío ridículo y puro—. Ayudadme. Las manos de un niño bastan...

El eco mismo de sus palabras, apenas murmuradas, le hacía reaccionar. Se erguía, paseaba reciamente, con actitud decidida. Y se fingía unos tremendos alardes de virilidad...

“Dimitru amigo:

Vino por bien el mal que, sin querer, te hice, pues aprendí a conocerte. Sólo a quien piensa con alevosía le está vedado este recurso consolador de confesar los errores propios. ¡Con cuánta alegría te digo que me equivoqué! Y te tiendo mi mano dura de anciano, un poco fría ya de vivir...

Hay en nuestra mesa pan blanco y sal pura como nieve. Lentsa ha puesto rosas además. Te espera... Está invitada Anutsa también.

Recibe la bendición de tu viejo,

Vasili Mendelóvich.”

La letra, de rasgos premiosos, tenía una firmeza inusitada. Su espíritu entero de hombre no guardaba ningún resentimiento en la conciencia. No tenía nada que ocultar. Por eso desnudaba los sentimientos con la inocencia de los fuertes.

Dimitru se conmovió. Aquellas palabras habían llegado al tejido sensible de su alma. Y la

figura del viejo le parecía ahora llena de nobleza venerable, llena de atracción filial.

Los dedos musculosos de Dimitru sostenían el papel por una punta, con femenina delicadeza— como si temieran oprimir la cordial emoción del mensaje cándido—, cuando en busca de Anutsa descendió al huerto de Strada de Sus.

—Toma, hermana, tengo miedo de no comprender—dijo.

Anutsa desplegó en la transparencia de sus manos el billete, y sonrió primero, para reirse después, bondadosa y alegre, de la perplejidad del mozo. ¡Ella sí que comprendió! No sólo el sentido de la carta conciliadora, que era por demás diáfana, sino el embarazo y la angustia de Dimitru. Leyó de nuevo el papel, maquinalmente, y tornó a reir con elocuencia muda que decía: “tonto, yo te ayudaré...”

Y entonces Dimitru sintió en el ademán de Anutsa los brazos infantiles que se tendían para que descargara de su espíritu el peso enorme de la ofrenda que le abrumaba. Y respiró y se rió también...

Con toda su alma un poco bárbara, de tan elemental y cristalina.

Gracias al vino rojo de la “muschía”, que el viejo Mendelóvich le escanciaba con generosidad, logró Dimitru distender aquella rígida actitud de forzado. Lentsa le parecía un ser extraño, maravillosamente aparecido a sus ojos. Casi le inspiraba miedo: el miedo a la mujer que ha sentido todo el que, una vez en la vida, ha estado verdaderamente enamorado. El miedo al misterio, a lo desconocido, que es patrimonio desdichado de los hombres... (Las mujeres suelen desconocer semejante flaqueza.) Y no sólo a un temperamento bravo y dulce como el de Dimitru podía poner Lentsa en un apuro; el más cauto y corrido de los galanes—si era hombre de bien—no hubiera sabido acercarse sin emoción aquel día a la rubia hija de Vasili Mendelóvich, enojada y vestida y acicalada como la prometida de un boyardo.

El hábito del baño turco, que húngaros y rumanos conservan como un resto de la dominación oriental, presta a las mujeres de estos países, que pueden permitirse ese lujo, un matiz de piel de increíble suavidad. Aquella tarde Lentsa “se había cocido como una porcelana china”, según ella misma decía, graciosamente... Y en

verdad que su rostro poseía la tersura preciosa de un barro imperial. Los ojos azules y el pelo dorado tenían el resalte limpio que manifiestan en las razas meridionales estos caracteres de estirpe nórdica. Para rubias, el Sur...

¡Y cómo estaba vestida Lentsa Mendelóvich! A la última moda de París, claro, pero como casi nadie se viste en París si no son los maniqués y las extranjeras... Lentsa vestía con suprema elegancia y con lujo. Era rumana para vestir, que es tanto como ser española o argentina.

¡Pobre Dimitru! Cuando antes de despedirse pudo estar solo con Lentsa, reclinados en un balcón abierto al atardecer, le había abandonado el entusiasmo artificial que antes le estimulaba y una mortal depresión agarrotaba sus impulsos. Estaba enamorado como un loco y estaba deseando irse ..

Solo en su casa, Dimitru sentía el desasosiego, la amargura incomparable de quien no está satisfecho consigo mismo. La tendencia a reconocer las debilidades, a ver claramente los fracasos propios y aun a aumentarlos y darles proporciones desmesuradas, suele ser condición de per-

sonas inteligentes. ¡Qué felicidad la del imbécil que está siempre orgulloso, contento de sí mismo!... ¡Qué felicidad... tan poco envidiable!...

Dimitru, arrastrado por la depresión de su ánimo, iba más lejos aún con su fantasía. Entre Lentsa y él, veía proyectarse una sombra muda. Y sentía, en su delirio, unos celos absurdos. Celos de quien, siendo menos hombre que él, tal vez hubiera sido mejor galán: Gogu Ekonomide. El silencio que selló la desaparición del levantino era lo que más le sobrecogía...

—¡Qué disparate!...—se decía de pronto, pasando por la frente la mano poderosa como para apartar los malos pensamientos—, ¡qué disparate!

La verdad es que no podía más. ¡Estaba rendido! Sentía, no sólo un enorme vencimiento moral, sino una gran fatiga física. Que le echaran asesinos en la más sombría encrucijada, que le pidieran el sacrificio más espantoso, el esfuerzo más sobrehumano: a todo estaba dispuesto. A todo... ¡Pero aquello no era para él! Se había equivocado...

¡Y tanto como se había equivocado! Dicen los técnicos del boxeo, los concedores del noble ar-

te, que a veces lanza un púgil los golpes más peligrosos cuando está "groggy", cuando está agotado... Muchas veces se produce el "fuera de combate" en el momento mismo en que el vencedor ha llegado al límite de su "moral combativa". La victoria le produce entonces, más que alegría, una indecible sorpresa...

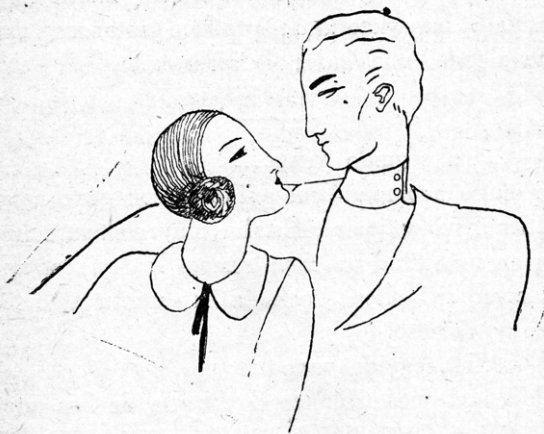
—...En seguida vengo...

Anutsa acompañó sus palabras con gesto enigmático, vivo y jovial. Estaba muy contenta, había en su actitud un ritmo nuevo. Parecía otro... Es como si hubiera vuelto a su espíritu algo lejano y dichoso.

—...En seguida vengo...

Y en el huerto blanco de Strada de Sus quedó, sola y espectante, Lentsa Mendelóvich. La inundaba el sol. Parecía pender su ser todo de algo que había de producirse, a juzgar por el éxtasis de sus ojos y por la insólita palidez de sus mejillas. La niña rubia tenía un fervor religioso en el ademán humilde. Enlazó los dedos: esperaba un milagro, una aparición...

Las rosas del huerto, cuidadas con mimo por Anutsa, se habían erguido en soberbio brote



levantando sus ramos palpitantes bajo la brisa dorada de la tarde. El esquilón de la ermita de los cocheros rusos, que mostraba el perfil tártaro de su torre sobre los gruesos muros del rústico jardín, tañía con solemnidad de epitalamio: debía de celebrarse una boda.

Aparecieron Anutsa y Dimitru por la puerta de la casita, sobre las escalinatas del huerto. Aparecieron "ex machina", teatralmente casi... Se detuvo Anutsa en el umbral, repentinamente inmóvil, hierática. Dimitru, avanzando, vió la figura delicada y frágil de Lentsa, quieta en el sol. Vió su gesto humilde y el candor de sus ojos. Y sintió que su pecho se henchía en una aspiración de serenidad.

Pero Lentsa vivía el instante con tan intensa volición, que sus piernas débiles, la sostenían apenas: temía caer allí mismo, de rodillas...

Las rosas del huerto ardían sus tallos igual que cirios y llegaban hasta los pies del mozo que erigía la imagen de su belleza pura y varonil sobre el granito de la escalinata, como en un altar.

Carolina Espino

INDICE

		<u>Págs.</u>
CAPITULO	I. El fin de Nicolai Popescu...	5
—	II. Manumisión	13
—	III. Eclipse	22
—	IV. Dos contra uno.....	30
—	V. Brazos de Padre.....	41
—	VI. Maya	47
—	VII. Las cuitas de Dimitru.....	54